

colección de estudios internacionales

número 5, año 2009

bilduma

collection of

nazioarteko ikasketen

international studies

CARLOS TAIBO

Decrecimiento, crisis, capitalismo



ceinik

Colección de Estudios Internacionales

Edita:

Cátedra de Estudios Internacionales/Nazioarteko Ikasketen Katedra

Consejo Académico:

Celestino del Arenal Moyúa

José Ramón Bengoetxea Caballero

José Luis de Castro Ruano

Noé Cornago Prieto

Felipe Gómez Isa

Michael Keating

José Antonio Mendizabal Etxabe

Director Académico:

Kepa Sodupe Corcuera

Director de Edición:

Aingeru Genaut Arratibel

Secretaría Técnica:

Juan Luis de la Cruz Ramos

Itziar Alberdi Bilbao

Dirección:

Cátedra de Estudios Internacionales/Nazioarteko Ikasketen Katedra

Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea

Edificio Biblioteca, 5ª planta,

Apdo.1397. C.P. 48080, Bilbao, Bizkaia

Teléfono: 0034 946015278

E-mail: ceinik@ehu.es

Web: www.ehu.es/ceinik

COLECCIÓN DE
ESTUDIOS INTERNACIONALES

CARLOS TAIBO

**Decrecimiento,
crisis, capitalismo**



© Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco
Euskal Herriko Unibertsitateko Argitalpen Zerbitzua

ISSN: 2253-7953

ISBN: 978-84-9860-354-5

ÍNDICE

El crecimiento como panacea	1
Las trampas de los indicadores económicos	4
Lo cuantitativo, las grandes cifras, las necesidades	6
Los límites medioambientales y de recursos	9
La felicidad y el pasado	13
El efecto rebote	15
El decrecimiento	16
Posibles equívocos, países del Sur	18
Una moral distinta, una propuesta alternativa	20
En modo alguno fuera del mundo	24
La idoneidad del término <i>decrecimiento</i>	26
Los movimientos por el decrecimiento	30
Bibliografía	33

CARLOS TAIBO

Decrecimiento, crisis, capitalismo

El crecimiento como panacea

Todas las disciplinas hacen uso de conceptos que, teóricos o instrumentales, configuran el núcleo de sus apreciaciones. En el caso de la economía, entre esos conceptos se cuentan, con singular peso hoy en día, los de *crecimiento*, *productividad* y *competitividad*, de tal suerte que se sobreentendiendo que las ganancias en lo que hace a esos tres elementos configuran por necesidad, siempre, datos positivos.

En lo que se refiere, de manera más precisa, al crecimiento, la ciencia económica realmente existente entiende, inexorablemente, que constituye poco menos que una panacea resolutora de todos los males. Lo que se nos viene a decir es que allí donde hay crecimiento económico la cohesión social progresa, los servicios públicos se asientan de forma razonable, la pobreza recula y, en fin, y por dejarlo ahí, el desempleo se reduce. Pocas declaraciones retratan mejor esta percepción de los hechos, en su relación con los ingentes problemas ecológicos que debemos encarar, que la formulada en 2002 por el a la sazón presidente norteamericano George Bush hijo: "El crecimiento es la llave del progreso ambiental, en la medida en que proporciona los recursos que permiten invertir en las tecnologías apropiadas: es la solución, no el problema"¹. Si queremos agregar otra llamativa toma de posición que bebe de la misma percepción, ahí están las palabras de Gao

¹ S. Latouche, "Per una società della decrescita", en M. Bonaiuti (dir.), *Obiettivo decrescita*, Bologna, Missionaria Italiana, 2003, p. 13.

Feng, responsable de la delegación china en las negociaciones sobre el cambio climático, para quien el desarrollo sostenible remite a la idea de "un crecimiento y un desarrollo que no deben verse sometidos a trabas"².

Nada parece más urgente, sin embargo, que discutir la trama mental en la que se asientan las percepciones que acabamos de glosar. Y es que, y por lo pronto, la relación entre crecimiento económico, por un lado, y cohesión social y redistribución de la riqueza, por el otro, resulta difusa. Sabido es que China ha crecido espectacularmente en los tres últimos lustros, sin que en el gigante oriental se aprecie signo alguno de ganancias en el terreno de la cohesión social. Sobran los ejemplos, por otra parte, de cómo el crecimiento en modo alguno aboca en el mantenimiento de niveles altos de empleo. Desde bastante tiempo atrás es una estrategia principal del capitalismo imperante la que apunta, antes bien, a afianzar una suerte de inversión en tecnología que permita prescindir de puestos de trabajo o, en su caso, facilite la oferta de empleos cada vez menos especializados y peor pagados. Pero, más allá de lo anterior, parece fuera de duda que el crecimiento económico provoca a menudo agresiones medioambientales literalmente irreversibles al tiempo que facilita el agotamiento de recursos manifiestamente escasos que con toda evidencia no van a estar a disposición de las generaciones venideras. Para cerrar el círculo, en fin, una de las secuelas más delicadas del crecimiento es, en el ámbito individual, la que asume la forma de lo que algunos autores han descrito como un "modo de vida esclavo" que nos hace pensar que seremos más felices cuantas más horas trabajemos, más dinero ganemos y, sobre todo, más bienes acertemos a consumir.

Una anécdota retrata cabalmente el significado de ese modo de vida esclavo al que acabamos de referirnos. En una de sus versiones reza así:

² S. Latouche, *Le pari de la décroissance*, París, Fayard, 2006, p. 119.

"En un pequeño pueblo de la costa mexicana un norteamericano se acerca a un pescador que está a punto de echar su siesta y le pregunta: '¿Por qué no dedica usted más tiempo a pescar en el mar?'. El mexicano responde que su trabajo cotidiano le permite atender de manera suficiente a las necesidades de su familia. El norteamericano pregunta entonces: '¿Qué hace usted el resto del tiempo?'. 'Me levanto tarde, pesco un poco, juego con mis hijos, echo la siesta con mi mujer, por la tarde quedo con mis amigos. Bebemos vino y tocamos la guitarra. Tengo una vida plena'. El norteamericano lo interrumpe: 'Siga mi consejo: dedique más tiempo a la pesca. Con los beneficios, podrá comprar un barco más grande y abrir su propia factoría. Se trasladará a la Ciudad de México, y luego a Nueva York, desde donde dirigirá sus negocios'. '¿Y después?', pregunta el mexicano. 'Después su empresa cotizará en bolsa y usted ganará mucho dinero'. '¿Y después?', replica el pescador. 'Después podrá jubilarse, vivir en un pequeño pueblo de la costa, levantarse tarde, jugar con sus hijos, pescar un poco, echar la siesta con su mujer y pasar la tarde con los amigos, bebiendo vino y tocando la guitarra'"³.

Por detrás del argumento que acabamos de expresar es fácil apreciar la necesidad inexorable de sopesar críticamente otra categoría que está en el núcleo de muchos de los preconceptos de la economía: la del consumo y sus presuntas virtudes. Zygmunt Bauman ha subrayado cómo lo que consumimos comúnmente carece de relieve a nuestros ojos, en tanto la promesa de satisfacer nuestros deseos en grado extremo sólo tiene sentido si esos deseos no son, paradójicamente, satisfechos. "Una sociedad de consumo sólo puede ser una sociedad de exceso y prodigalidad y, por ende, de redundancia y despilfarro"⁴. Somos víctimas visibles de inteligentes políticas de publicidad que configuran una genuina *economía del engaño*. Desde la

³ N. Ridoux, *La décroissance pour tous*, Lyon, Parangon/Vs, 2006, pp. 118-119.

⁴ Z. Bauman, *Vida de consumo*, Madrid, Fondo de Cultura, 2007, p. 121.

infancia, la sociedad se articula en torno al consumo. "Uno de los puntos centrales de la formación de las personas y de los valores morales en la vida contemporánea consiste en la familiarización de los niños con los materiales, medios de comunicación, imágenes y significados propios, referidos o relacionados con el mundo del comercio", agrega Bauman⁵, quien subraya también cómo la lógica del consumo hace que los grupos sean más frágiles y divisibles al tiempo que favorece en cambio la rápida formación de multitudes. "El consumo es una acción solitaria por antonomasia, aun cuando se haga en compañía"⁶. De resultas, conviene recelar de la superstición que sugiere que el tránsito desde una sociedad de productores a otra de consumidores ha acarreado una emancipación gradual de los individuos y ha permitido pasar de un escenario de restricciones y ausencia de libertad a otro de autonomía individual y dominio de sí mismo.

Por detrás, en fin, los cimientos de tanta irracionalidad son tres: la propaganda, que a menudo nos obliga a comprar aquello de lo que objetivamente no precisamos; el crédito, que permite allegar recursos para adquirir eso que no necesitamos, y, en suma, la caducidad de los bienes, fabricados de tal manera que en un período de tiempo muy breve dejan de servir, con lo que nos vemos impelidos a hacernos con otros nuevos.

Las trampas de los indicadores económicos

La necesidad de contestar la primacía de los valores *económicos* y de apostar por una efectiva *deseconomización* de nuestras mentes se ve ratificada por la conveniencia, paralela, de recelar de muchos de los indicadores que se manejan. John K. Galbraith señaló en su momento que "el nivel, la composición y la extrema importancia del producto interior

bruto están en el origen de una de las formas de mentira social más extendidas"⁷. Recordemos al respecto, sin ir más lejos, que si un país retribuye al 10% de sus habitantes por destruir bienes, hacer socavones en las carreteras, dañar los vehículos..., y a otro 10% por reparar carreteras y vehículos, tendrá objetivamente el mismo producto interior bruto que un país en el que 20% de los empleos se consagre a mejorar la esperanza de vida, la salud, la educación y el ocio. Una de las secuelas del ejemplo que acabamos de proponer queda bien reflejada en un cálculo realizado por la Academia de Ciencias de China: los costos ocultos del crecimiento económico vinculados con la contaminación y la reducción de los recursos naturales obligarían a reducir entre un 6,5 y un 8,7% el incremento registrado en el producto interior bruto chino entre 1985 y 2000⁸.

Y es que debe subrayarse que los indicadores al uso contabilizan como crecimiento —y cabe suponer que, también, como bienestar— todo lo que es producción y gasto: las agresiones medioambientales y los procedimientos orientados a ponerles freno o corregirlas, la fabricación de cigarrillos, los fármacos y las drogas, las secuelas de los accidentes de tráfico en forma de vehículos remolcados, reparaciones, transfusiones de sangre, médicos y abogados, o, claro, el propio gasto militar.

Esos indicadores apenas nada nos dicen, en cambio, de elementos que se antojan vitales para entender la condición de una sociedad. Tal es el caso, en primer lugar, del trabajo doméstico, en virtud de un criterio a menudo impregnado de machismo. Cargada de razón, Christine Delphy ha apuntado que, "si cultivar una pera es producción, prepararla en la cocina también lo es"⁹. En este sentido, el cuidado amoroso de niños y de ancianos es

⁷ Cit. en S. Latouche, *Le pari...*, *op. cit.*, p. 67.

⁸ *Ibidem*, p. 58.

⁹ *Ibidem*, p. 84.

cualitativamente superior a todo lo que pueda hacer un trabajador asalariado, por mucho que no se compute. Y, sin embargo, colocar a un niño en una guardería acrecienta el producto interior bruto, en tanto cuidarlo en casa no tiene ese efecto. Pero es también la condición, naturalmente, de la preservación del medio ambiente: un bosque convertido en papel acrecienta el producto interior bruto, en tanto ese mismo bosque indemne, decisivo para garantizar la vida en el planeta, no computa como riqueza. Otro tanto cabe decir de la calidad de nuestros sistemas educativo y sanitario, y en general de las actividades que generan bienestar aunque no impliquen producción y gasto.

François Flahault ha subrayado, en este orden de cosas, que la ciencia económica dominante sólo presta atención a las mercancías —lo que se *tiene* o no se tiene—, y no a los bienes que hacen que alguien *sea* algo¹⁰. Porque salta a la vista que "las ideas rectoras de la modernidad son *más, mayor, más deprisa, más lejos*"¹¹.

Lo cuantitativo, las grandes cifras, las necesidades

Uno de los efectos indeseables de lo que acabamos de señalar es el vinculado con las numerosas ilusiones ópticas que rodean a las grandes cifras. Permítasenos aportar al respecto tres ejemplos.

El primero de ellos rescata una reflexión de Vassily Leontieff, premio Nobel de Economía. Leontieff comparó, acaso tres decenios atrás, los sistemas de transporte de Estados Unidos y de China. El primero de esos paí-

¹⁰ *Ibidem*, p. 86.

¹¹ M. Linz, "Sobre suficiencia y vida buena", en M. Linz, J. Riechmann y J. Sempere, *Vivir (bien) con menos*, Barcelona, Icaria, 2007, pp. 5-18.

ses —razonaba Leontieff— parecía disponer del sistema de transporte más desarrollado del mundo. Contaba con el mayor número de kilómetros de autopista, disfrutaba del mayor número de automóviles y consumía el mayor número de litros de gasolina por habitante y año. Ahora bien, cuando llegaba el momento de analizar cómo se satisfacían las necesidades cotidianas de la población, al poco se descubría que el norteamericano medio vivía a una hora, en automóvil, de su centro de trabajo, tenía que utilizar el coche y se veía inmerso en gigantescos atascos que dañaban sus nervios y contaminaban el medio ambiente, para al cabo, y a menudo, llegar tarde a trabajar. En China, en cambio, los datos estadísticos reflejaban —hablamos de hace treinta años— lo que en los hechos era la ausencia material de un sistema de transporte: no había autopistas, tampoco automóviles, apenas se consumía gasolina... Y, sin embargo, el chino medio residía a cinco minutos en bicicleta de su puesto de trabajo, no se veía inmerso en ningún tipo de atasco y no contaminaba el medio, para a la postre llegar en hora a trabajar. Era obligado preguntarse —agregaba Leontieff— cuál de esos dos sistemas, el estadounidense o el chino, satisfacía de manera más cabal las necesidades. Aunque el premio Nobel agregaba, claro, que no quería ignorar que era más que posible que el chino medio no ingiriese las calorías necesarias para vivir de manera solvente, al cabo se preguntaba si, de resultados de los análisis económicos convencionales, no estábamos un tanto desorientados en la medida en que no nos interrogábamos por lo más importante: la satisfacción objetiva de las necesidades humanas.

El segundo ejemplo llama la atención sobre un hecho vinculado con la condición de la sanidad en Cuba, cuyo gobierno ha apostado con claridad por la prevención y por la proximidad de los médicos generalistas. Cuba dedica a sanidad un número de dólares por habitante mucho menor que el que se hace valer en EE.UU. (236 por 5.274 en 2005)¹², y sin embar-

¹² N. Ridoux, *op. cit.*, pp. 65-66.

go obtiene resultados similares a los norteamericanos en cuanto a esperanza de vida al nacer y mortalidad infantil. No sólo eso: según la Organización Mundial de la Salud, Cuba ocupa el puesto 36 en la lista de países cuyo sistema sanitario rinde mayores servicios a la población, mientras EE.UU. se halla, significativamente, en el puesto 72. Es cierto, con todo, que para explicar cómo los resultados tienen poco que ver con la magnitud de las cifras invertidas hay que invocar también factores que discurren en muchos sentidos al margen del sistema sanitario y sus prestaciones. Piénsese que el régimen alimenticio de los cubanos —con primacía de frutas y legumbres, y escaso consumo de carne— y el hecho de que se vean obligados a realizar frecuentes desplazamientos a pie se traduce, no sin paradoja, en consecuencias beneficiosas. Y es que la pobreza y la escasez pueden tener —no lo olvidemos— efectos saludables.

Procuremos el tercer y último ejemplo, que no es otro que el que nos habla de lo que comúnmente supone el automóvil en nuestras sociedades. Es significativo al respecto, por cierto, que cuando se desea recrear un mundo vivible y agradable, lo común es que pensemos inmediatamente en un mundo sin automóviles. Porque las consecuencias de la presencia de éstos son muchas y muy delicadas. Una de ellas es el acaparamiento de espacios públicos. En las ciudades un 60% de las calles está ocupado por espacios para aparcar¹³. Esto aparte, un coche reclama doce veces más superficie por persona transportada que un autobús, circunstancia tanto más grave cuanto que resulta hartamente común que la tasa media de ocupación por automóvil sea, en una ciudad como París, de 1,25 personas. Para hacer las cosas aún más inquietantes, la presencia del automóvil ha acarreado una creciente fealdad —túneles, pasos elevados, aparcamientos subterráneos—, ha provocado niveles de contaminación —también acústica— inaceptables, ha

¹³ D. Cheynet, "Automobile et décroissance", en VV.AA., *Objectif décroissance. Vers une société harmonieuse*, Lyon, Silence, 2003, p. 187.

facilitado el asentamiento de las grandes superficies en detrimento de la actividad comercial tradicional y ha hecho que se multiplicase el número de accidentes. Para que nada falte, parece demostrado que el tiempo que un automóvil permite ahorrar —la velocidad media de la circulación en muchas ciudades no excede los 20 kilómetros/hora— es significativamente menor que el número de horas que hay que trabajar para adquirirlo y mantenerlo. Pese a todo lo dicho, el coche es un objeto de visible adoración consumista. Así lo certifica el hecho de que una de las señales que permite identificar el tránsito de la adolescencia a la edad adulta es la disposición de un automóvil. No parece que sea preciso agregar que las prestaciones derivadas de la disposición de un coche —un elemento más que permite acrecentar las dimensiones del producto interior bruto— a duras penas compensan los numerosos efectos negativos que aquél tiene sobre sociedades cada vez más marcadas por la omnipresencia de este singular objeto de consumo.

Los límites medioambientales y de recursos

Adiferencia de lo que ocurrió en tiempos pasados, en el momento presente se revela con toda su cruda entidad un problema central: el de los límites medioambientales y de recursos que atenazan al planeta y, con él, a la especie humana. Intentemos retratar ese problema de la mano de varias metáforas que dan cuenta de sus varias dimensiones.

Vaya la primera de ellas: si parece evidente que, en el caso de que un individuo o una colectividad extraigan de su capital, y no de sus ingresos, la mayoría de los recursos que emplean, ello conducirá antes o después a la quiebra, resulta sorprendente que no se emplee el mismo razonamiento a la hora de sopesar lo que las sociedades occidentales están haciendo con

los recursos naturales del planeta. Mientras este último ha tardado millones de años en forjar esos recursos, el ser humano los está dilapidando ostentosamente en unos pocos decenios.

Propongamos una segunda metáfora: cuando nuestro cuarto de baño está inundado, lo primero que hacemos, por lógica, es cerrar el grifo, no colocar toallas en el suelo, nos recuerda Miklos Persanyi, ministro húngaro del Medio Ambiente¹⁴. Y, sin embargo, la respuesta que estamos desplegando ante problemas ingentes y urgentes recuerda más a la operación de llenar el suelo de toallas que a la de poner freno, de manera efectiva y contundente, al flujo de agua.

La tercera metáfora sugiere que nos hallamos a bordo de un barco que se mueve a una velocidad de 20 nudos por hora camino de un acantilado con el que, de no modificar el rumbo, inexorablemente va a chocar. ¿Qué es lo que hemos hecho en los últimos años al amparo, por ejemplo, del Protocolo de Kyoto? Hemos reducido un poco la velocidad del barco, pero, como quiera que no hemos alterado su rumbo, la conclusión parece servida: aunque tardaremos más en llegar al acantilado, al final nos toparemos con éste.

Enunciemos, en suma, la última metáfora: imaginemos un lago en el que hay un nenúfar que se multiplica al ritmo de dos por uno cada día. Conforme a ese ritmo, sabemos que luego de treinta días el lago estará repleto de nenúfares, que de resultas morirán por falta de espacio vital. ¿En cuál de esos treinta días estará ocupado en su mitad por nenúfares? Aunque un razonamiento rápido invita a aseverar que será el día 15, la respuesta correcta es el 29: ese día la mitad del estanque se hallará cubierta de nenúfares, de tal manera que, al multiplicarse éstos por dos, la jornada siguiente los nenúfares cubrirán toda la superficie. El día 28 ocuparán una cuarta parte del

¹⁴ S. Latouche, *Le pari...*, *op. cit.*, p. 229.

estanque, el 27 una octava y el 26 un dieciseisavo. Pongamos por caso que estamos en el día 26. Aunque se podrá aducir que no es tan grave lo que hemos hecho, habida cuenta de que sólo una pequeña parte del estanque está cubierta de nenúfares, habrá que replicar que el ritmo frenético de las agresiones desencadenadas nos coloca a sólo cuatro días del final¹⁵.

Las cuatro metáforas que acabamos de emplear remiten directamente a un concepto central para entender el mundo en el que vivimos: el de huella ecológica. La huella ecológica mide la superficie del planeta, terrestre como marítima, que precisamos para mantener las actividades económicas hoy existentes. Todos los estudios realizados al respecto concluyen que hemos dejado muy atrás las posibilidades medioambientales y de recursos que se nos ofrecen. Si en 2004 la huella ecológica ascendía a 1,25 veces el planeta Tierra, según muchos pronósticos en 2050 será de dos Tierras¹⁶. Con arreglo a las estimaciones del World Wild Fund, la huella ecológica igualó la biocapacidad del planeta en torno a 1980, y se ha triplicado entre 1960 y 2003¹⁷. No se olvide, en paralelo, que en 2000 se estimaban en 41 los años de reservas de petróleo, en 70 los de gas y en 55 los de uranio, en un escenario marcado por el hecho de que en dos decenios se preveía que se doblarían el parque automovilístico y el consumo energético mundiales¹⁸.

Para asegurar el bienestar de la humanidad, y por otra parte, el Banco Mundial estima que la producción debería ser en 2050 cuatro veces superior a la de hoy, para lo que bastaría un crecimiento anual del 3% acom-

¹⁵ Véase A. Jacquard, *L'équation du nénuphar*, París, Calmann-Lévy, 1998.

¹⁶ Y. Cochet, "Pour ou contre la croissance économique?" en B. Guibert y S. Latouche (dirs.), *Antiproductivisme, altermondialisme, décroissance*, Lyon, Parangon/Vs, 2006, p. 87.

¹⁷ J. Riechmann, "Oikos & Jaikus. Reflexiones sobre la crisis ecosocial", en M. Linz, J. Riechmann y J. Sempere, *op. cit.*, p. 75.

¹⁸ B. Clémentin y V. Cheynet, "La décroissance soutenable. Vers une économie saine", en VV.AA., *Objectif décroissance...*, *op. cit.*, p. 11

pañado de prácticas de buen gobierno. El problema es, claro, que los límites del planeta invitan a pensar que resulta inconcebible un producto interior bruto mundial de 172 billones de dólares, que es el que se registraría en 2050 (frente a los 43 billones de hoy)¹⁹.

Ante una situación tan delicada como la descrita, parece obligado compartir la sorpresa que enunció en su momento Cornelius Castoriadis: "Quienes preconizan 'un cambio radical de la estructura política y social' pasan por ser 'incorregibles utopistas', mientras que aquellos que no son capaces de ver a dos años vista son, naturalmente, realistas"²⁰ en un mundo en el que, entre tanto, todo pensamiento radical y contestatario es tildado inmediatamente de extremista y violento, cuando no de patológico. No parece razonable aguardar, por lo demás, que la ciencia resuelva de manera mágica todos estos problemas. No sería lógico, por ejemplo, construir un "rascacielos sin escaleras ni ascensores sobre la base de la esperanza de que un día triunfaremos sobre la ley de la gravedad"²¹. Conviene recelar también, por cierto, de la idea de que el "capitalismo cognitivo" no hace uso de recursos materiales: la fabricación de un ordenador exige 1,8 toneladas de aquéllos, a lo que se suma el gasto energético vinculado con el tráfico internacional de mercancías. "Globalmente, la sociedad mundial nunca ha sido tan industrial como hoy"²².

Castoriadis nos exhorta, por lo demás, a comportarnos como lo haría un *pater familias diligens* que "se dice a sí mismo: ya que los problemas son enormes, e incluso en el caso de que las probabilidades sean escasas, procedo con la mayor prudencia, y no como si nada sucediese"²³. No es

¹⁹ S. Latouche, *Le pari...*, *op. cit.*, p. 45.

²⁰ C. Castoriadis, cit. en N. Ridoux, *op. cit.*, p. 91.

²¹ M. Bonaiuti, cit. en S. Latouche, *La pari...*, *op. cit.*, p. 52.

²² S. Latouche, *Le pari...*, *op. cit.*, p. 48.

²³ C. Castoriadis, *Une société à la dérive*, París, Seuil, 2005, p. 242.

ésta, sin embargo, una carencia que afecte en exclusiva a los políticos. Alcanza de lleno, antes bien, a los ciudadanos, circunstancia que da crédito a la afirmación realizada por un antiguo ministro del Medio Ambiente francés: "La crisis ecológica suscita una comprensión difusa, cognitivamente poco influyente, políticamente marginal, electoralmente insignificante"²⁴. En un sentido similar, Jorge Riechmann ha señalado con tino que muchas gentes pasan de la negación completa del problema —aquí no pasa nada— a la desesperación más absoluta —todo está perdido—, sin ninguna estación intermedia, con lo que al final lo que se impone es, lamentablemente, la complicidad con el sistema²⁵.

La felicidad y el pasado

Hay que preguntarse, en un terreno próximo, si las sociedades opulentas mantienen hoy la línea de progreso que, según parece, ha caracterizado su derrotero desde bastante tiempo atrás. Y hay que hacerlo, entre otras muchas razones, porque sobran los argumentos para concluir que las generaciones más jóvenes se aprestan a heredar un mundo en el que las reglas del juego son más duras, y las posibilidades menores, que en el pasado.

Rescatemos un puñado de datos que redundan en provecho de esa percepción. Un ensayista francés, Saint-Marc, nos invita a imaginar una Francia en la cual hubiese sólo 200.000 parados, en la que la criminalidad presentase niveles cinco veces inferiores a los del momento presente, en la que las hospitalizaciones por enfermedades mentales se redujesen a una tercera parte, en la que los suicidios presentasen niveles del 50% de los actua-

²⁴ S. Latouche, *Le pari...*, *op. cit.*, p. 257.

²⁵ J. Riechmann, "Oikos & Jaikus...", *op. cit.*, p. 102.

les y en la que no se consumiesen drogas. Saint-Marc concluye, llamativamente, que ésa era la Francia del decenio de 1960...²⁶. Y es que el hecho de que en ese mismo país el producto interior bruto real haya crecido doce veces entre 1900 y 2000²⁷, ¿significa que los ciudadanos viven doce veces mejor?

Cuando en 1998 se le preguntó a los canadienses si la situación económica de su generación era mejor que la propia de sus padres, menos de la mitad de los interrogados —un 44%— estimó que era así, y ello pese a que el producto interior bruto per cápita había crecido un 60% en el cuarto de siglo anterior²⁸. Otro tanto parece ocurrir en Estados Unidos, donde, aunque la renta per cápita se ha triplicado desde el final de la Segunda Guerra Mundial, a partir de 1960 se reduce el porcentaje de ciudadanos que declaran sentirse muy satisfechos. En 2005 un 49% de los norteamericanos estimaba que su felicidad se hallaba en retroceso, frente a un 26% que consideraba que se había acrecentado²⁹.

En esas condiciones, y en un escenario marcado por los efectos negativos que el progreso ha ido generando —pensemos en la contaminación, el estrés o la obesidad, por rescatar tres datos—, parece obligado invertir la percepción que se hizo valer en la Edad Media, y que invitaba a afirmar que "el aire de la ciudad hace libres" (*Stadtluft macht frei*), en la medida en que ofrecía oportunidades inéditas a los siervos del campo, a los comerciantes y a los artesanos. Hoy las ciudades suelen ser recintos marcados por la exclusión, la inhabitabilidad, el vacío de las relaciones y la falta de sociabilidad. Vivir con dos dólares en una de las megalópolis contempo-

²⁶ S. Latouche, *Le pari...*, *op. cit.*, p. 98.

²⁷ *Ibidem*, p. 72.

²⁸ *Ibidem*, p. 80.

²⁹ *Ibidem*, p. 81.

rúneas es mucho más difícil que hacerlo en un medio rural en el que perviven relaciones humanas muy sólidas, y en el que se ve garantizado el acceso a los bienes comunes al margen de las reglas del mercado.

El efecto rebote

Hay que prestar atención, también, a lo que se ha dado en llamar *efecto rebote*: la manifestación de inesperadas consecuencias perniciosas derivadas de lo que a primera vista son pasos encaminados en la buena dirección. Más que teorizar al respecto, tiene sentido que propongamos algunos ejemplos de lo que queremos decir, en la convicción, claro, de que retratan situaciones que es urgente esquivar.

Acumulemos esos ejemplos: lo que se ahorra al introducir bombillas de bajo consumo se destina a pagar un viaje al Caribe que obliga a consumir mucha más energía de la inicialmente ahorrada; como quiera que los trenes de alta velocidad nos llevan con enorme rapidez a muchos lugares, tendemos a viajar más lejos y a hacerlo más a menudo, con lo cual consumimos, de nuevo, más energía; al estar nuestras viviendas mejor aisladas, el ahorro correspondiente lo destinamos a adquirir un segundo automóvil, con las secuelas esperables; la conciencia de los efectos dramáticos del caluroso verano registrado en 2003 en buena parte de Europa se tradujo en muchos casos en la compra de aparatos de aire acondicionado que tienen un impacto desastroso sobre el medio; la proliferación de los ordenadores no se ha traducido en un consumo menor de papel, toda vez que ha incitado a asumir nuevas tareas que antes eran impensables; la extensión, en fin, del *air bag* en los vehículos se ha traducido en un incremento en el número de accidentes, de resultas de los riesgos, mayores, que asumen los conductores.

Obligado parece agregar que el efecto rebote no es, las más de las veces una consecuencia inesperada de nuestra conducta, sino, antes bien, una fórmula manifiestamente buscada con el propósito de acrecentar ventas y beneficios.

El decrecimiento

La propuesta del decrecimiento parte de la certeza de que tendemos a ver todos los problemas en exclusiva desde el prisma de la economía³⁰. Lo que viene a señalarnos es que en los países ricos tenemos que reducir la producción y el consumo porque vivimos por encima de nuestras posibilidades, porque es urgente cortar emisiones que dañan peligrosamente el medio y porque empiezan a faltar materias primas vitales. "El único programa que necesitamos se resume en una palabra: menos. Menos trabajo, menos energía, menos materias primas"³¹.

Conviene dejar claro desde el principio, con todo, que el decrecimiento no es un crecimiento negativo, expresión contradictoria que revela la supremacía del imaginario desarrollista³². Hay que huir, en otras palabras, de cualquier percepción cuantitativa del decrecimiento: no se trata de hacer lo mismo pero en menos cantidad.

Parece evidente, de cualquier modo, que debemos actuar con urgencia para poner freno a las muchas actividades económicas que están en el origen de la expansión de la huella ecológica, y que ello debe tradu-

³⁰ S. Latouche, *Décoloniser l'imaginaire*, Lyon, Parangon/Vs, 2005, p. 150.

³¹ B. Grillo, "Prefazione", en M. Pallante (dir.), *Un programma politico per la decrescita*, Roma, Per la decrescita felice, 2008, p. 7.

³² S. Latouche, "Per una società...", *op. cit.*, p. 12.

cirse, en términos de las mediciones convencionales vinculadas con el producto interior bruto, en una reducción de éste. Digámoslo con claridad: debe reducirse buena parte de la actividad —en su caso toda ella— de industrias como la automovilística, la de la aviación, la de la construcción o la militar. Alguien aducirá inmediatamente que, de cobrar cuerpo un proyecto de esa naturaleza, se generarán millones de desempleados en los países ricos. ¿Qué haremos, entonces, con esos desempleados? La respuesta invoca dos vías de solución: si la primera subraya la necesidad de expandir la actividad de aquellos segmentos de la economía vinculados con la satisfacción de las necesidades sociales y la atención al medio ambiente, la segunda refiere la conveniencia de repartir el trabajo en los sectores económicos tradicionales que, por lógica, pervivirán. El resultado final sería que trabajaríamos menos, dispondríamos de mucho más tiempo libre y reduciríamos sensiblemente los niveles de consumo, desbordados, a los que se entrega buena parte de la población en las sociedades opulentas.

Está servida la conclusión de que semejante horizonte nada tiene que ver con un estado de general infelicidad: comparada con el modo de vida esclavo del que antes hemos hablado, la del decrecimiento se antoja una perspectiva paradójicamente más halagüeña. A su amparo, y por lo pronto, se crearán nuevos sectores económicos que se propondrán colmar las necesidades insatisfechas, con servicios poco intensivos en recursos y formas descentralizadas de organización. Haciendo de la necesidad virtud, y por otra parte, del decrecimiento pueden obtenerse ventajas en lo que respecta a la preservación del medio ambiente, el bienestar de las generaciones futuras, la salud de los consumidores y las condiciones del trabajo asalariado. En otro plano, aunque el decrecimiento pone claramente en peligro el nivel de vida de una minoría de la población planetaria, lo hace a costa de acrecentar la felicidad y el bienestar de una mayoría.

Conviene que agreguemos aquí que en el mundo rico son varios los elementos que facilitan un horizonte de decrecimiento. Ahí están las infraestructuras existentes, la presencia de servicios razonablemente desarrollados, la satisfacción general de un conjunto de necesidades vitales o, en suma, el propio decrecimiento que afecta a la población. Aunque inmediatamente nos veremos en la obligación de subrayar que la propuesta del decrecimiento reclama el concurso de un puñado de valores y reglas sin los cuales el proyecto quedaría visiblemente descafeinado, lo suyo es que ahora enunciemos una certeza: si no decrecemos voluntaria, racional, solidaria y ecológicamente, tendremos que hacerlo obligados por las circunstancias de carestía de la energía y cambio climático que acompañan al hundimiento, cada vez más fácil de vislumbrar, del capitalismo global. Nos enfrentamos, en otras palabras, a dos escenarios alternativos. Mientras el primero reclama, pongamos por ejemplo, un crecimiento débil, del 2%, durante los próximos 48 años, el segundo reivindica un decrecimiento del 5% durante esos mismos años. Si el primer escenario nos conduce treinta veces más allá de lo que parece viable, el segundo garantizaría, en cambio, la viabilidad³³.

Posibles equívocos, países del Sur

Es necesario, de cualquier modo, no confundir la propuesta del decrecimiento con varios horizontes que en una primera, y precipitada, lectura guardarían relación con aquélla. Debe señalarse, antes que nada, que no se trata, como inmediatamente veremos, de una iniciativa dirigida desde el Norte para que sean los países del Sur los que decrezcan: detrás del proyecto que nos ocupa hay una rotunda vocación de reducción de las

³³ F. Schneider, "Point d'efficacité sans sobriété", en VV.AA., *Objectif décroissance...*, *op. cit.*, p. 37.

diferencias entre unos y otros, como la hay de superación del orden de explotación y exclusión característico del capitalismo. En segundo término, es saludable recordar que la del decrecimiento es una propuesta manifiestamente democrática que, de la mano de la autosuficiencia y de la simplicidad voluntaria, bebe de una filosofía no violenta y antiautoritaria. En tal sentido, se opone a la lógica de muchos regímenes que han procurado de siempre acrecentar sus capacidades militar-industriales. Tampoco es el decrecimiento un proyecto de cariz religioso que reclame una renuncia a los placeres de la vida; antes bien, lo que reivindica es una búsqueda mucho más directa y franca de estos últimos. A estas alturas probablemente no es preciso agregar que en la propuesta de decrecimiento que se formula en estas páginas no hay nada que recuerde a la postulación de un futuro demicidio asentado en la defensa de la naturaleza en la Tierra y en abierta desatención de los problemas que atenazan a muchos de los miembros de la especie humana.

El proyecto del decrecimiento nada tiene, en suma, de ecologismo tontorrón y asocial: se asienta, antes bien, en el firme designio de combinar el ecologismo fuerte con las luchas sociales de siempre. En esta última dimensión debe por necesidad contestar la lógica del capitalismo con el doble propósito de salvar el planeta y salvar la especie humana. No hay decrecimiento plausible, en otras palabras, si no se contestan en paralelo el orden capitalista y su dimensión de explotación, injusticia y desigualdad. Esa tarea no parece difícil: "La ecología es subversiva porque pone en cuestión el imaginario capitalista que domina el planeta. Rechaza el motivo central, según el cual nuestro destino estriba en acrecentar sin cesar la producción y el consumo. Muestra el impacto catastrófico de la lógica capitalista sobre el medio natural y sobre la vida de los seres humanos"³⁴.

³⁴ C. Castoriadis, cit. en S. Latouche, *Le pari...*, op. cit., p. 9.

Algunas de las observaciones que acabamos de realizar nos colocan de lleno, por lo demás, en el núcleo de una discusión importante: la de qué significa un programa de decrecimiento en relación con los países del Sur del planeta. Convengamos en que sería absurdo reclamar reducciones en los niveles de consumo en países que tienen una renta per cápita treinta veces inferior a la nuestra. Aun así, y pese a que el debate sobre el decrecimiento tiene con certeza un sentido diferente en esos países, estamos obligados a recordar que no deben incurrir en el error de seguir el camino asumido hasta hoy por las sociedades opulentas. Todo ello en el buen entendido, claro, de que una apuesta planetaria por el decrecimiento debería tener efectos notables en materia de incremento de los niveles de consumo convencional en el Sur. No olvidemos que hoy un 80% de los seres humanos viven sin automóvil, frigorífico y teléfono, en tanto un 84% no ha utilizado nunca un avión³⁵. Rematemos con el recordatorio de que, para Serge Latouche, son siete las tareas —siete "erres", como se verá— que deben acometer en este terreno los países pobres: *romper* con la dependencia económica y cultural con respecto al Norte rico, *reanudar* el hilo de una historia interrumpida por la colonización, el desarrollo y la globalización, *reencontrar* la identidad propia, *reapropiar* ésta, *recuperar* las técnicas y saberes tradicionales, conseguir el *reembolso* de la deuda ecológica y *restituir*, en suma, el honor perdido³⁶.

Una moral distinta, una propuesta alternativa

U nas líneas más arriba hemos puesto el acento en la idea de que no basta con reivindicar reducciones en los niveles de producción y de consu-

³⁵ B. Clémentin y V. Cheynet, "La décroissance soutenable. Vers une économie saine", en VV.AA., *Objectif décroissance...*, *op. cit.*, p. 15.

³⁶ S. Latouche, "Per una società...", *op. cit.*, p. 24.

mo. La apuesta por el decrecimiento reclama expresamente el despliegue de reglas diferentes de las que hoy determinan el mal funcionamiento, y la injusticia, de nuestras sociedades. Examinemos de manera somera cuáles son esas reglas.

La primera de ellas es una reivindicación cabal de lo que ha dado en llamarse la sobriedad y la simplicidad voluntaria. Terry Eagleton señaló en su momento que Samuel Beckett, el premio Nobel de Literatura, "comprendió que el realismo sobrio y cargado de pesadumbre sirve a la causa de la emancipación humana más lealmente que la utopía cargada de ilusión"³⁷. Entre las razones que explican la opción por la simplicidad voluntaria se cuentan el pésimo escenario económico que hemos heredado, la dramática ausencia de tiempo para llevar adelante una vida saludable, la necesidad de mantener una relación equilibrada con el medio, la certeza de que el consumo no deja espacio para el desarrollo personal y, en suma, la conciencia de las diferencias que existen entre quienes consumen en exceso y quienes carecen de lo esencial³⁸.

Una segunda regla importante es la que se traduce en la defensa de un ocio creativo que, lejos de las alienaciones al uso, permita desactivar la lógica vinculada con el trabajo obsesivo. En palabras de Yves Cochet, frente al "más deprisa, más lejos, más a menudo y menos caro" hay que contraponer el "más despacio, menos lejos, menos a menudo y más caro"³⁹.

El tercer elemento importante no es otro que ese reparto del trabajo del que ya hemos hecho mención. No está de más recordar al respecto que cuando, varios decenios atrás, los sindicatos constituían organiza-

³⁷ J. Riechmann, "Oikos & Jaikus...", *op. cit.*, p. 117.

³⁸ S. Mongeau, "Verso la simplicità voluntaria", en M. Bonaiuti (dir.), *Obiettivo decrescita*, Bologna, Missionaria Italiana, 2003, p. 139.

³⁹ Cit. en S. Latouche, *Le pari...*, *op. cit.*, p. 226.

ciones de contestación real del capitalismo imperante, el objetivo de repartir el trabajo —de garantizar que todos los trabajadores disfrutasen, en otras palabras, de oportunidades similares— estaba en el centro de muchas de sus demandas.

En cuarto lugar, un programa de decrecimiento tiene por fuerza que plantear el triunfo de la vida social frente a los impulsos que nacen de la propiedad y del consumo ilimitado. Los verbos que hoy rigen nuestra vida cotidiana son "*tener-hacer-ser*": si *tengo* esto o aquello, entonces *haré* esto y *seré* feliz⁴⁰. No está de más recordar al respecto que los teléfonos móviles y el correo electrónico, por proponer dos ejemplos, dificultan la comunicación directa, facilitan los mensajes simples y superficiales, y cancelan el vigor de muchas relaciones y emociones.

Hay que proceder, en quinto lugar, a una reducción de las dimensiones de muchas de las infraestructuras productivas, de las organizaciones administrativas y de los sistemas de transporte. Las macrodimensiones de muchas de esas instancias obedecen a menudo a la asignación masiva de dinero público en provecho de intereses privados en un escenario en el que, una vez más, se ignoran los límites medioambientales y de recursos del planeta. En este terreno es menester reducir sensiblemente el peso, en particular, de los transportes hoy existentes. Recuérdese que un yogur consumido en Europa reclama, en lo que se refiere a sus diferentes integrantes —recorrido de la leche, de las fresas, del aluminio del envase, de la distribución—, desplazamientos de nada menos que 9.000 kilómetros⁴¹.

En sexto término, debe defenderse la lógica de lo local frente a la de lo global. Sobran las evidencias para concluir que las presuntas econo-

⁴⁰ N. Ridoux, *op. cit.*, p. 27

⁴¹ S. Latouche, "Per una società...", *op. cit.*, p. 19.

mías de escala derivadas de la deslocalización han beneficiado a los intereses tradicionales de las capas dirigentes de los países ricos sin generar las más de las veces efectos saludables en los lugares receptores de las empresas correspondientes. Esto al margen, la recuperación del mundo de lo local debe tener consecuencias saludables en materia de democratización, toda vez que facilitará el despliegue de fórmulas de democracia directa y autogestión.

Agreguemos, en fin, que no tiene sentido postular ningún proyecto de decrecimiento si no se ve acompañado de un designio manifiesto de redistribución de los recursos. Este hecho por sí solo, tanto más si se suma a los anteriores, obliga a concluir que no es sencillo imaginar un horizonte de decrecimiento en el marco general de la lógica de un sistema, el capitalismo, que antes bien exige —parece— un crecimiento permanente de la producción, del consumo, de la productividad y de la competitividad. Majid Rahnema ha llamado la atención al respecto sobre un hecho llamativo: "Curiosamente, la miseria moral de los ricos y de los poderosos —un sujeto tabú para la literatura especializada en la pobreza— ha atraído más la atención de los novelistas, de los poetas y, claro, de los propios pobres, que la de los sociólogos y los economistas, que estiman que es una materia alejada de su objeto de estudio. El estudio profundo de las verdaderas causas de la miseria podría mostrar, sin embargo, que están en el centro —que es el centro— de ese objeto"⁴².

Echemos mano de nuevo de las pedagógicas consideraciones de Latouche, quien, en relación con los menesteres que acaban de ocuparnos, ha propuesto otra lista de "erres": *reevaluar* —revisar los valores que rigen nuestra vida—, *reconceptualizar*, *reestructurar* —adaptar la producción y las relaciones sociales al cambio de valores—, *relocalizar* —frente a la

⁴² Cit. en S. Latouche, *Le pari...*, *op. cit.*, pp. 62-63.

lógica deslocalizadora—, *redistribuir* —repartir la riqueza y el acceso al patrimonio natural—, *reducir* —rebajar el impacto de la producción y el consumo sobre la biosfera— y, en fin, *reutilizar*, en vez de desprenderse de un sinnúmero de dispositivos⁴³.

En modo alguno fuera del mundo

Alguien podría aducir que valores y prácticas como los que acabamos de reseñar nos sitúan, mal que bien, fuera del mundo. O lo que es lo mismo: que carecen de una presencia palpable en la organización de las sociedades humanas. Nada más lejos, sin embargo, de la realidad. La propuesta del decrecimiento se hace eco, muy al contrario, de un conjunto de elementos que han tenido —en su caso tienen— un peso notable en el despliegue histórico de la especie humana y en la relación de ésta con el medio natural.

Recordemos, por lo pronto, que valores y prácticas como los que el decrecimiento preconiza están presentes en muchas de las tradiciones cooperativas y asociativas abrazadas por el movimiento obrero de siempre. Aunque su peso es innegablemente más sólido en el caso de la tradición libertaria, en modo alguno están ausentes en las que vinculamos con los adjetivos —admitamos que un tanto equívocos— *socialista* y *comunista*.

Un segundo ámbito de manifestación de muchos de esos valores y prácticas lo proporciona, no sin alguna paradoja, la institución familiar. Quienes todo lo fían en la *mano invisible* del mercado a buen seguro que no aplican las reglas correspondientes en el interior de sus familias. Porque es evidente que lo común dentro de éstas es que impere la lógica del don, del

⁴³ S. Latouche, *Décoloniser...*, *op. cit.*, p. 18.

regalo, y de la reciprocidad. En realidad lo que acabamos de afirmar podemos decirlo también de muchas de las normas que han regido históricamente la vida en el medio rural en los más diferentes escenarios.

Pero hay que rescatar también la experiencia histórica de muchas sociedades que no estiman que su felicidad deba vincularse con la acumulación de saberes y de bienes. Recordemos al respecto que muchas sociedades tradicionales hicieron lo que estaba de su mano para adaptar su modo de vida a un entorno natural duradero. Ahí están esos campesinos que siglos atrás, y a orillas del Mediterráneo, plantaban olivos e higueras cuyos frutos nunca llegarían a ver; estaban pensando, con toda evidencia, en las generaciones venideras y sus derechos⁴⁴. No está de más recordar, en el mismo orden de cosas, que en ciertas zonas de Siberia los habitantes acuden a morir al bosque para así devolver a la naturaleza lo que a ésta substraieron con anterioridad⁴⁵.

Esos pueblos que gustamos de describir como atrasados y primitivos nos ofrecen ejemplos interesantes de conductas que rompen con el modo de vida esclavo del que antes hablamos. Muchos ganaderos en Burkina Faso y en Mali se mostraron en su momento renuentes ante los proyectos que la Unión Europea trazaba en el sentido de acrecentar las cabañas ganaderas con el único propósito de hacer dinero⁴⁶. Si se trata de proponer otro ejemplo de lo mismo, ahí está el que ofrece una anécdota emplazada en un lugar perdido de la Amazonia brasileña en el que residía una tribu de indios cuyos integrantes se dedicaban a cortar leña con instrumentos muy primitivos. Unos misioneros que estaban de visita decidieron obsequiar a los indios con cuchillos de acero inoxidable de fabricación norteamericana. Al cabo de un tiem-

⁴⁴ S. Latouche, *Survivre au développement*, París, Mille et une nuits, 2004, pp. 65-66.

⁴⁵ *Ibidem*, p. 118.

⁴⁶ S. Latouche, *Survivre...*, *op. cit.*, p. 80.

po los misioneros regresaron y encontraron a los indios charlando tranquilamente a la sombra de un gran árbol. Uno de los religiosos preguntó por los cuchillos y recibió como respuesta que eran de enorme utilidad; los indios tardaban ahora diez veces menos tiempo en cortar la leña. Como quiera que el misionero diese por descontado que, de resultas, estaban produciendo diez veces más leña que antes, recibió inmediatamente una rotunda corrección: conseguían la misma cantidad de leña que antes, en el buen entendido de que ahora disponían de diez veces más de tiempo para dedicarlo a aquello que objetivamente tenía que ver con su bienestar y su felicidad...⁴⁷.

Subrayemos, en fin, que lo *social* está a menudo presente en la economía que hemos dado en calificar de informal. En muchos casos "el objetivo de la producción informal no es la acumulación ilimitada, la producción por la producción. El ahorro, cuando existe, no se destina a la inversión para facilitar una reproducción ampliada"⁴⁸.

La idoneidad del término *decrecimiento*

Es tan necesario como legítimo discutir si el término *decrecimiento* es el adecuado para describir la propuesta que nos ocupa en este texto o, por el contrario, y como señalan voces muy respetables, arrastra problemas severos. Aunque el término plantea, sí, sus problemas y no es en modo alguno perfecto, parece que pese a ello arrastra virtudes que lo hacen preferible a otros —la verdad es que no sobran los posibles sustitutos— que se sugieren como alternativos.

⁴⁷ F. Terris, "I sistemi di scambio locale (SEL)", en Bonaiuti (dir.), *op. cit.*, p. 182.

⁴⁸ S. Latouche, *L'occidentalisation du monde*, París, La Découverte, 2005, p. 156.

Hablando en propiedad, ninguno de los conceptos que utilizamos para describir iniciativas complejas deja de suscitar problemas. Valga un ejemplo para ilustrarlo: aunque son muchas las gentes que se confiesan *anticapitalistas*, parece evidente que no todos los discursos que se reclaman de esa etiqueta merecen su apoyo. Determinadas modulaciones del rigorismo islamista, sin ir más lejos, contestan agriamente el capitalismo sin que —parece— sus cimientos conceptuales y su propuesta alternativa sean, claro, defendibles. A duras penas, y en semejantes condiciones, se puede pretender que el término *decrecimiento* esté libre de carencias y pecados. Hay quien señalará, así, que en realidad en el planeta contemporáneo se ha abierto camino en los últimos tiempos un activo proceso de decrecimiento que es resultado de lo que ha dado en llamarse *crisis financiera*. Salta a la vista que ese proceso nada tiene que ver, sin embargo, con nuestra propuesta, y ello por mucho que resista el empleo —bien es verdad, eso sí, que más bien poco frecuente— del mismo término. En un sentido más profundo, lo suyo es reconocer que lo del decrecimiento acarrea un riesgo nada despreciable: si declaramos rechazar el concepto de *crecimiento* porque entendemos que incorpora una aberrante inclinación en provecho de lo estrictamente cuantitativo y en detrimento de la consideración de variables sociales y medioambientales fundamentales, corremos el riesgo de que, al contraponer el vocablo *decrecimiento*, éste se vea impregnado del cuantitativismo de su contrario, de tal suerte que se traslade la idea de que, en los hechos, lo único que demandamos es que se verifiquen reducciones en los niveles de producción y de consumo.

Al respecto, y en una primera y comprensible respuesta, se aducirá, entonces, que debemos poner el acento, no en la demanda de esas reducciones, sino en la condición del proyecto alternativo —primacía de la lógica social frente al consumo y la propiedad, reparto del trabajo, ocio creativo, reducción del tamaño de muchas infraestructuras, preponderancia de lo

local sobre lo global, sobriedad y simplicidad voluntarias— que se defiende, o, lo que es casi lo mismo, que hay que prescindir del término *decrecimiento*. Parece, sin embargo, que, de operar de esa manera, lo que se gana por un lado se pierde por el otro. No se trata, claro, de esquivar la mención, siempre necesaria, de los rasgos del proyecto alternativo. Lo que se trata es de preguntarse si la mera enunciación de aquéllos, mil veces realizada desde la trinchera del ecologismo radical, es suficiente, en términos de comunicación pública, para desvelar un problema tan hondo como el que hoy tenemos entre manos y para despertar muchas conciencias adormecidas.

Y ello por no hablar de lo que por momentos parece evidente: algunas de las manifestaciones del proyecto *ecosocialista* no acaban de dar el paso definitivo en el sentido de cuestionar directamente las presuntas virtudes del crecimiento económico tal y como éste se despliega en nuestras sociedades. En ese sentido, el término *decrecimiento*, pese a sus carencias, tiene la virtud de poner delante de nuestros ojos determinadas exigencias que en otras circunstancias quedarían un tanto nebulosas. Dicho sea de paso, conviene formular la misma crítica en lo que se refiere al vocablo *acrecimiento*, que más bien parece invocar la conveniencia de dejar las cosas como están.

Es verdad, sí, que la discusión que nos atrae tiene perfiles distintos si utilizamos los indicadores económicos del sistema o si, por el contrario, empleamos otros de carácter alternativo. En el primer caso no hay manera de esquivar una conclusión: nuestra demanda de acabar con la actividad —o al menos de reducir ésta sensiblemente— de sectores como la industria militar, la automovilística, la de la aviación, la de la construcción o la de la publicidad se traduciría inevitablemente en una reducción del producto interior bruto, sin que sea sencillo entender qué es lo que de malo aprecian en ello quienes recelan del término *decrecimiento*. Parece como si reclamar

medidas que deben rebajar los niveles del producto interior bruto fuera, en sí mismo, una actividad pecaminosa. Harina de otro costal es, claro, lo que sucedería si utilizásemos indicadores alternativos que valoren en su justo punto las actividades —enunciemos su condición de manera muy general— de cariz social y medioambiental. No hay ningún motivo para rechazar que, entonces, el retroceso de los sectores económicos cuya actividad reivindicamos se reduzca se vería compensado por el impulso que recibirían esas actividades sociales y medioambientales, con lo que, en el cómputo final, la economía en conjunto podría, claro que sí, *no decrecer*.

Pero no debemos olvidar que, por muy razonable que sea esta última consideración, y no sin paradoja, lo cierto es que el común de las gentes razona en términos de los indicadores convencionales, de tal suerte que parece preferible poner delante de los ojos de la ciudadanía lo que aquéllos, pese a su impresentabilidad general, revelan bien a las claras: el peso ingente de actividades económicas extremadamente dañinas para el medio natural y la necesidad consiguiente de imponer un freno. Hay quien aducirá, sí, que asumir como propio, aun a regañadientes, ese terreno de juego es una opción delicada, o al menos lo es si se demanda, en época de elecciones, el cierre de un sinfín de complejos fabriles y el reparto del trabajo (tal vez esto explica, siquiera sólo sea de modo incipiente, por qué el ámbito en el que las propuestas de decrecimiento germinan con mayor rapidez es el que proporciona el mundo libertario, por definición ajeno a las consultas electorales).

La réplica en este caso es sencilla: lo que en ningún caso debe hacerse es trampear con cuestiones tan delicadas como éstas, toda vez que podríamos deslizarnos por un camino mil veces recorrido, como es el de rebajar el carácter de las propuestas para que la ciudadanía no vea en ellas lo que se trata, precisamente, de que aprecie con claridad. En este orden de cosas, el término *decrecimiento* tiene la virtud del aldabonazo que coloca

delante de nosotros un problema fundamental tras obligarnos a formular preguntas muy delicadas sobre la sinrazón que rodea al *crecimiento* que desputa por todas partes. Y esa capacidad de despertar conciencias no la incorpora ninguno de los respetables vocablos alternativos que manejan los detractores del vocablo *decrecimiento*. Ello no es óbice, naturalmente, para que quienes emplean este último pongan todo su empeño en subrayar que el proyecto correspondiente no implica en modo alguno, antes al contrario, una general infelicidad. Como ya se ha señalado, se trabajará menos y, en muchos casos, se ganará menos también, a cambio de disfrutar de mucho más tiempo para otros menesteres y de demostrar fehacientemente que es posible vivir, más felices, consumiendo mucho menos.

Los movimientos por el decrecimiento

Los movimientos por el decrecimiento han visto la luz en origen en dos países europeos, Francia e Italia, en los que disfrutaban de cierto peso y predicamento. El momento actual —muy vinculado, como es fácil intuir, con la crisis financiera y sus repercusiones— lo es de expansión de esos movimientos, como puede apreciarse en el propio Estado español. A las redes por el decrecimiento que existen desde años atrás en Cataluña, se han venido a sumar iniciativas de nuevo cuño en otras partes del territorio. Esto al margen, empiezan a barruntarse adhesiones del lado de organizaciones de cierto relieve. Tal es el caso del que probablemente es el movimiento ecologista más consolidado de cuantos existen en el Estado español, Ecologistas en Acción, que ha asumido con claridad la defensa de un programa de decrecimiento, como lo es de un sindicato, la Confederación General del Trabajo (CGT), que en su congreso de junio de 2009 ha aprobado también lo que cabe entender que es, a título provisional, una declaración de intenciones en provecho de un horizonte decrecimentalista.

La percepción, muy extendida, de la hondura de la crisis general que atenaza al sistema probablemente ha estimulado, en un terreno próximo, que muchas personas vinculadas con lo que con alguna ligereza llamaremos "izquierda tradicional" muestren hoy signos de acercamiento a las propuestas que blanden los movimientos por el decrecimiento. No deja de tener su interés, en paralelo, la certificación de que estos últimos empiecen a encontrar cierto eco en los países del Sur del planeta. El fenómeno es fácilmente perceptible en América Latina, o al menos lo es entre gentes que habitan algunas de las megalópolis del subcontinente, conscientes de la irracionalidad de muchas de las prácticas económicas, sociales y ecológicas de los gobiernos de ahora y de antes.

Pero importa subrayar el vigor de un hecho que trasciende el ámbito de los datos que hasta ahora hemos manejado en este epígrafe: todos ellos beben —no se olvide— de la idea de que en unos u otros lugares van emergiendo movimientos que abrazan formalmente, en sus programas o en sus prácticas, criterios que mal que bien beben de las propuestas del decrecimiento. Hay, sin embargo, otra cara, importantísima, de la cuestión: la que empiezan a aportar muchas gentes que, sin vinculaciones orgánicas y, probablemente, y en la mayoría de los casos, sin conocimiento de los debates al uso, asumen en su conducta cotidiana formas de acción claramente afines a las que preconizan los movimientos estructurados. Valga como botón de muestra al respecto el resultado de dos estudios realizados, años atrás, en la Unión Europea. El primero concluyó que un 54% de los varones y un 42% de las mujeres que trabajan declaran con rotundidad que preferirían dedicar a ello muchas menos horas aun a costa de obtener ingresos salariales sensiblemente menores. El segundo, referido a países escandinavos, en los cuales, y como es sabido, los niveles de cobertura social son muy notables, se refiere a una figura bien conocida: la de una persona de cierta edad que pierde su puesto de trabajo y se topa con enormes problemas para encontrar uno nuevo. En muchos casos se ha hecho evi-

dente que estas personas descubren que, reduciendo sensiblemente sus niveles de consumo, manifiestamente excesivos, pueden vivir de manera mucho más feliz con un subsidio público varias veces inferior a los ingresos que antes obtenían de la mano de un trabajo casi siempre absorbente y extenuante⁴⁹. No es preciso subrayar —parece— que los resultados de estos dos estudios remiten, como anunciamos, a la condición de ciudadanos que asumen en los hechos, en su vida cotidiana, prácticas vinculadas con el decrecimiento.

Por lo demás, y en el terreno conceptual, el momento presente bien puede describirse de la siguiente manera: ahora que disponemos de una teoría sobre el decrecimiento razonablemente asentada ha llegado el momento de escarbar en el estudio de cómo esa teoría debe traducirse en ámbitos precisos. Se trata, en otras palabras, de saber qué significa el decrecimiento en el medio urbano y en el medio rural, cuáles habrán de ser sus consecuencias en el caso de las mujeres y en el de los varones, cómo habrá de desplegarse el programa correspondiente en los sistemas sanitarios y en la educación, qué efectos podrán tener las prácticas que nos ocupan en materia de migraciones... Parece que este descenso de la teoría a áreas más precisas se antoja tanto más urgente cuanto que, obviamente, ha llegado el momento de llevar a la práctica esa teoría.

La impresión general entre quienes se dedican a estos menesteres señala que, pese a lo que pudiera parecer, el problema principal no nace, en modo alguno, de la aplicación técnica de un programa de decrecimiento. Surge, muy al contrario, de la dificultad de modificar muchos de nuestros chips mentales en el sentido que invocaba Gandhi cuando sugirió que la cima de la civilización no se asienta en el designio de poseer, de acumular, cada vez más, sino en el de reducir y limitar las necesidades⁵⁰.

⁴⁹ F. Hamilton, *op. cit.*, p. 168.

⁵⁰ S. Latouche, *Le pari...*, *op. cit.*, p. 102

Bibliografía

- ARIÈS, Paul, *Pour sauver la Terre: l'espèce humaine doit-elle disparaître?*, París, L'Harmattan, 2002.
- ARIÈS, Paul, *Décroissance ou barbarie*, Villeurbanne, Golias, 2005.
- ARIÈS, Paul, *No conso. Manifeste pour la grève générale de la consommation*, Villeurbanne, Golias, 2006.
- ARIÈS, Paul, *Le mésusage. Essai sur l'hypercapitalisme*, Lyon, Parangon/Vs, 2007.
- BAUMAN, Zygmunt, *Vida de consumo*, Madrid, Fondo de Cultura, 2007.
- BESSON-GIRARD, Jean-Claude, *Decrescendo cantabile. Petit manuel pour une décroissance harmonique*, Lyon., Parangon/Vs, 2005.
- BONAIUTI, Mauro (dir.), *Obiettivo decrescita*, Bolonia, Missionaria Italiana, 2003.
- CACCIARI, Paolo, *Pensare la decrescita. Sostenibilità ed equità*, Nápoles, Intra Moenia, 2006.
- CASTORIADIS, Cornelius, *El ascenso de la insignificancia*, Madrid, Cátedra, 1998.
- CASTORIADIS, Cornelius, *Post-scriptum sur l'insignifiance*, La Tour d'Aigues, L'aube, 1998.
- CASTORIADIS, Cornelius, *Una sociedad a la deriva* Madrid, Katz, 2006.
- CHEYNET, Vincent, *Le choc de la décroissance*, París, Seuil, 2008.
- DIAMOND, Jared, *Colapso. Por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen*, Madrid, Debate, 2006.
- EULI, Enrico, *Casca il mondo! Giocare con la catastrofe*, Molfetta, Meridiana, 2007.
- GEORGESCU-ROEGEN, Nicholas, *Ensayos bioeconómicos*, Madrid, Catarata, 2007.
- GORZ, André, *Crítica de la razón productivista*, Madrid, Catarata, 2008.
- GUIBERT, Bernard et LATOUCHE, Serge (dirs.), *Antiproductivisme, altermondialisme, décroissance*, Lyon, Parangon/Vs, 2006.
- HAMILTON, Clive, *El fetiche del crecimiento*, Pamplona, Laetoli, 2006.
- ILLICH, Ivan, *La convivencialidad*, Barcelona, Barral, 1975.
- JACQUARD, Albert, *L'équation du nénuphar*, París, Calmann-Lévy, 1998.

- KEMPF, Hervé, *Comment les riches détruisent la planète*, Paris, Seuil, 2007.
- LATOUCHE, Serge, *Altri mondi, altre menti, altrimenti*, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2004.
- LATOUCHE, Serge, *Décoloniser l'imaginaire*, Lyon, Parangon/Vs, 2005.
- LATOUCHE, Serge, *L'occidentalisation du monde*, París, La Découverte, 2005.
- LATOUCHE, Serge, *La otra África*, Barcelona, Asociación Cultural OZEBAP, 2007.
- LATOUCHE, Serge, *Petit traité de la décroissance sereine*, París, Mille et une nuits, 2007.
- LATOUCHE, Serge, *Sobrevivir al desarrollo*, Barcelona, Icaria, 2007.
- LATOUCHE, Serge, *La apuesta por el decrecimiento*, Barcelona, Icaria, 2008.
- LINZ, Manfred, RIECHMANN, Jorge y SEMPERE, Joaquim, *Vivir (bien) con meno*,. Barcelona, Icaria, 2007.
- NAREDO, José Manuel, *Raíces económicas del deterioro ecológico y social*, Madrid, Siglo XXI, 2006.
- PACCALET, Yves, *L'humanité disparaîtra, bon débarras!*, París, Arthaud, 2006.
- PACCALET, Yves, *Sortie de secours*, París, Arthaud, 2007.
- PACCALET, Maurizio, *Discorso sulla decrescita*, Roma, Luca Sossella, 2007.
- PALLANTE, Maurizio (dir.), *Un programma politico per la decrescita*, Roma, Per la decrescita felice, 2008.
- RIDOUX, Nicolas, *La décroissance pour tous*, Lyon, Parangon/Vs, 2006.
- RIECHMANN, Jorge, *Gente que no quiere viajar a Marte*, Madrid, Catarata, 2004.
- RIST, Gilbert, *El desarrollo: historia de una creencia occidental*, Madrid, Catarata, 2002.
- VV.AA., *Objectif décroissance. Vers une société harmonieuse*, Lyon, Silence, 2003.
- VV.AA., "Décroissance et politique", *monográfico de Entropía*, nº1, otoño, 2006.
- VV.AA., "Decrecimiento sostenible", *monográfico de Ecología Política*, nº35, 2008.
- VV.AA., "¿Dónde están los límites de nuestras necesidades?", *monográfico de Papeles de Relaciones Ecosociales y Cambio Global*, nº102, 2008.
- ZERZAN, John, *Futuro primitivo*, Valencia, Numa, 2001.

En este número de la Colección de Estudios Internacionales, Carlos Taibo contrapone el concepto de “decrecimiento” a los de crecimiento, productividad y competitividad, que amplios sectores de la ciencia económica defienden como el camino más directo para lograr el bienestar general. En cambio, para el autor, este nuevo concepto constituye la única forma de asegurar el futuro del planeta. A lo largo de este trabajo describe una sociedad de consumo, excesos y despilfarros, que no ha supuesto un aumento de la felicidad en los seres humanos. Además, se está produciendo un daño medioambiental irreparable. Carlos Taibo repasa las principales características de la teoría del decrecimiento y concluye que en estos momentos, en los que esta teoría está “razonablemente asentada”, es necesario llevarla a la práctica en ámbitos precisos para evitar que la nave en la que todos nosotros viajamos acabe por chocar contra el acantilado al que se dirige.

Carlos Taibo es profesor de Ciencia Política y de la Administración en la Universidad Autónoma de Madrid. A lo largo de su vida académica ha publicado más de una veintena de libros sobre diversos temas. Aparte de sobre Europa Central y Oriental, ha escrito acerca de cuestiones económicas y sociales desde un punto de vista crítico. Entre sus últimas obras, cabe mencionar *Voces Contra La Globalización* (junto con C. Estévez) (2008), *Conversaciones sobre Política, Mercado y Convivencia* (junto con J. L. Sampedro) (2008) y *En Defensa del Decrecimiento: Sobre Capitalismo, Crisis y Barbarie* (2009).



Universidad
del País Vasco

Euskal Herriko
Unibertsitatea

Nazioarteko
Ikasketen
Katedra



Cátedra
de Estudios
Internacionales



Bizkaiko Foru Aldundia
Diputación Foral de Bizkaia